



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

LA DESDICHA EN SIMONE WEIL: *DESCREACIÓN*, AMOR AL PRÓJIMO Y TEXTOS SAGRADOS

Autora

Aida Del Rio Elizalde

Director

Jesús Ezquerro Gomez

Facultad de Filosofía y letras. Campus de Zaragoza.

Año 2024

Índice

| | |
|--|----|
| Introducción | 2 |
| Pensar lo impensable: La desdicha | 4 |
| Creación del mundo y <i>descreación</i> humana | 10 |
| Amor al prójimo y textos sagrados | 18 |
| Conclusiones | 25 |
| Referencias bibliográficas | 27 |

*Y abiertamente consagré mi corazón a la tierra grave y doliente,
y a menudo, en la noche sagrada, le prometí amarla con fidelidad hasta la muerte,
sin miedo y con su pesada carga de fatalidad, y no despreciar ninguno de sus enigmas
Así me até a ella con un lazo mortal
Holderlin, La muerte de Empédocles*

*Consiento en no ser, pues no soy el Bien
y quiero que el Bien sea
Simone Weil, El conocimiento sobrenatural*

En Simone Weil encontramos pensamientos desordenados, dispersión, notas ambiguas, inciertas. Este trabajo, en tanto trabajo sujeto a exigencias académicas de orden y coherencia, traicionan su pensamiento. Queremos pensar que, aún presentada de forma distinta, este trabajo capta esa verdad impersonal por la que apostó¹, se borró y se desvivió: El Bien trascendente, Dios. Esperamos haber puesto toda nuestra atención en sus pensamientos y nada más que sus pensamientos, “depósito de oro puro²”, como ella misma pidió al Padre Perrin en la última carta que le escribió; aunque nos negamos a concederle que esos pensamientos valgan más que su persona y que su vida.

Sabemos que desde 1938 Simone Weil dirige su atención a las doctrinas religiosas, tras haber sentido de forma inesperada la presencia de Cristo a través del sufrimiento. Desde entonces nunca dudó de la existencia de algo trascendente, pero sí llegó a poner en duda su amor y pureza, sólo en un caso: En el contacto con la desdicha de los otros. Ese contacto con la desdicha de los otros le duele “tan atrocemente que durante algún tiempo el amor de Dios le resulta casi imposible³”. No sabemos si pudo resolver la duda del amor y pureza de Dios, pero intuimos que debió de dudar mucho, pues vivió en una época en que la desdicha estaba suspendida sobre todos y nunca apartó la mirada de ella, incluso la designó como “el límite a partir del cual debíamos tomar perspectiva sobre la condición humana⁴”. Ya antes de ser creyente Weil vivió como una santa, sintiendo compasión por “toda criatura, por estar lejos

¹ Maurice Banchot subraya que su apuesta por la existencia del Bien, de Dios, procede del deseo, y no del viejo argumento ontológico

² En los Escritos de Londres, sabiendo que sus posibilidades de vida disminuían cada día, se lamentaba de que no hubiera nadie para recibir y prestar atención a sus pensamientos, que sabía tan valiosos como el oro

³ Simone Weil, 1993, p. 57.

⁴ Maurice Banchot, 2008, p.153. Véase cita de Weil “Escogí deliberadamente y casi sin esperanza el situarme en el punto de vista de los de abajo”

del Bien. Infinitamente lejos. Abandonada⁵ y dispuesta a dar lo poco (o mucho) que tenía a quien consideraba que lo necesitaba más que ella, con total desinterés y pureza. En este trabajo recogemos los pensamientos en torno a la desdicha que plasmó en sus cuadernos durante los últimos años de su vida, entre 1940 y 1943 desde Marsella, Nueva York y Londres, y están publicados por Trotta en diferentes volúmenes: *La gravedad y La gracia* que recoge escritos desde 1934 hasta su muerte, *Pensamientos desordenados* (elaborado con el contenido de sus cuadernos de 1940 a 1943), *A la espera de Dios* (cuadernos de enero a junio de 1942), *El conocimiento sobrenatural* (cuadernos de mayo a noviembre de 1942), *Escritos de Londres y últimas cartas* (cuadernos de diciembre 1942 a abril 1943). También recogemos apuntes de sus *Escritos históricos y políticos* y aprovechamos la recopilación *El amor. Simone Weil* que publicó en 2023 Editoriales Hermida con todos los fragmentos que Weil escribió en torno al amor. A pesar de su delicado estado de salud escribió durante estos últimos años de vida de forma compulsiva y sin tachones, para desentrañar el modo en que la gracia puede participar en el mundo y alterar nuestra relación con la gravedad y la desdicha.

Comenzaremos este trabajo delimitando y exponiendo las características de la desdicha: Su relación con la fuerza y con el tiempo, el mutismo que le es propio y el desprecio que sentimos por ella. Después detendremos nuestra atención en la única vía que el pensamiento de Weil nos ofrece para hacer un buen uso de la desdicha y alterar nuestras relaciones con ella: mantener nuestra mirada orientada a Dios, al Bien superior. Finalizamos exponiendo las tres maneras en las que podemos, desde nuestro ser creado, entrar en contacto con él: A través del proceso de descreacion o vaciamiento, “destrucción del yo”, a través del amor al prójimo o a través de la lectura u oración de textos sagrados como la *Ilíada*.

⁵ Simone Weil, 2003, p. 45

PENSAR LO IMPENSABLE: LA DESDICHA

Weil tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener su atención puesta en la desdicha, lo natural es huir del pensamiento de la desdicha “tan pronto e irresistiblemente como un animal huye de la muerte⁶”. El escrito *El amor a Dios y la desdicha* publicado en *Pensamientos desordenados* es en este sentido un milagro. En él nos dice que la desdicha es algo muy específico e irreductible dentro del ámbito del sufrimiento. El sufrimiento es un dolor físico que, aun siendo violento y profundo, una vez pasado no deja huella ninguna en el alma. El sufrimiento es siempre algo pasajero y nunca llega a adueñarse del todo de la vida; Aún doliente ese ser humano sigue manteniendo su personalidad, es todavía capaz de amar y teniendo un pasado, vislumbra, aún con esfuerzo, el futuro. El sufrimiento daña, pero no mutila, aprieta pero no ahoga, no sume al humano en la desesperanza, no lo envenena. Weil pone como ejemplo de sufrimiento el dolor de muelas, pero puede ser cualquier enfermedad o dolor de origen natural. La desdicha recoge los dolores que el sufrimiento implica y supera su límite, llegando hasta el extremo de lo posible, pues detiene el tiempo. La desdicha es indefinida, infinita, perpetua, “un presente sin porvenir⁷”, que dibuja ante nuestros pies un abismo que no podemos rodear y nos separa del siguiente instante, incluso de la muerte. En palabras de Blanchot, es “el horror de ser como ser sin fin”, es soportar “el tiempo puro, sin acontecimientos, sin proyecto y sin posibilidad, como una perpetuidad vacía que hay que soportar infinitamente a cada instante⁸”. La desdicha es la imagen de un niño que no crece.

Cuando la desdicha sobreviene se adueña de la vida, la invade de fealdad, atraviesa las tres caras de nuestro ser⁹: Es dolor físico¹⁰, angustia del alma y degradación social a la vez; La forma en que la desdicha se imprime en el fondo del alma como un hierro al rojo, hace de él algo específico, irreductible, aparte. La posibilidad de su existencia, pero sobre todo el poder que Dios le ha concedido, es el verdadero enigma de la vida. ¿Cuál es el poder de la desdicha? “El de introducirse en el alma de los inocentes y apoderarse de ella como dueño y

⁶ Simone Weil, 1995, p. 63

⁷ Expresión usada por Maurice Blanchot 2008, p.153

⁸ Maurice Blanchot 2008, p. 154

⁹ Nuestro ser está ligado a estas tres caras; La carne es frágil, el alma vulnerable y nuestra persona social está expuesta al azar. Nuestra fragilidad es infinita y la posibilidad de la desdicha está siempre presente

¹⁰ La desdicha “se hace presente al alma de manera ineludible por el impacto de dolor físico o el temor ante su inmediatez”. Es la persistencia del dolor del cuerpo el que obliga al pensamiento a detenerse en él y reconocer su presencia. A toda desdicha, por abstracta que parezca, le acompañan una dificultad para respirar, un nudo en la garganta que impide articular las palabras, un mutismo

señor¹¹”. Ese espacio que dejaba el sufrimiento en el interior del humano para pensar en el ayer o en el mañana y en los seres queridos, es usurpado por la fuerza de la desdicha. El desdichado vive encorvado bajo la presión de la fuerza que sufre, sin esperanza. El pensamiento es capaz de procesar el sufrimiento, incluso puede anularlo si no está ligado al dolor físico, pero no la desdicha: “La desdicha es un desarraigo de la vida, un equivalente más o menos atenuado de la muerte¹²”.

Para Weil quienes mejor representan la figura del desdichado son Cristo y Job, en tanto representación de Cristo. Hombres inocentes, tan justos como la naturaleza humana lo permite, a los que la mala fortuna arrebató lo más preciado: sus seres queridos o sus propias vidas. Ésta es la condición de aquellos que van a la guerra y sufren la posibilidad de muerte que cada minuto en ella encierra, o la de los familiares que velan por sus vidas o no pueden velar sus muertes, todas las Antígonas o las Níobes que sufren pérdidas irreparables, también es la condición de los esclavos. Weil menciona a Arnulfo de Moliere, a Fedra de Racine, a Licaón de Homero, a los nadies¹³, a todas aquellas personas que deshumanizamos: “un pobre, un refugiado, un negro, un enfermo, un perseguido por la justicia, o alguna otra persona en situación semejante¹⁴”. Ateniéndonos a la experiencia de nuestra filósofa, cuando pensaba en la desdicha seguramente se dibujaran en su alma los rostros de los obreros y obreras con los que trabajó en las fábricas, de los campesinos con los que labró, de los refugiados de la guerra que acogió en casa de sus padres, de los presos políticos... En definitiva, todas aquellas personas a las que la mala fortuna les empujó a los pies de la puerta de alquitrán.

La desdicha dejó a todas ellas desapegadas, suspendidas en un espacio inenunciable entre la vida y la muerte. Sus vidas carecían de forma, sobrevivir era su única forma de apego a la tierra, una tierra que bien pudiera confundirse con el infierno. Weil dice que su condición no tiene que ver con su situación social, los desdichados forman “otra especie humana, un compromiso entre el hombre y el cadáver¹⁵”. Sabemos que la violencia, que etimológicamente significa, “abundancia (olentia) de fuerza (vis)”, tiene el poder de destruir el “yo”, de matar a un ser humano, de convertirlo en cadáver cuando ejerce sobre él su fuerza hasta el extremo. Chantal Maillard en el poemario *Matar a Platón*, nos presenta un “hombre”

¹¹ Simone Weil, 1995, p. 63

¹² Simone Weil, 1995, p. 62

¹³ Remitiendo al poema “Los nadies” de Eduardo Galeano

¹⁴ Simone Weil, 1995, p. 84

¹⁵ Simone Weil, 2007, p. 3

atropellado por un camión, lo que vemos sobre el asfalto no es un hombre, lo que vemos allí es “carne reventada, vísceras, líquidos que rezuman del cuerpo¹⁶”. Lo mismo que los cadáveres que cuenta la *Iliada* que yacían sobre la tierra, “más queridos de los buitres que de sus esposas¹⁷”. Virginia Woolf en *Tres Guineas*, obra en la que reflexiona sobre la guerra, nos habla de unas fotografías de la guerra civil española que recibe por carta: “hay una fotografía de lo que puede ser el cuerpo de un hombre, o de una mujer, está tan mutilado que también podría ser el cuerpo de un cerdo¹⁸”. Una cosa, un objeto inerte, no nos conmueve, cuando el hombre es aplastado por la violencia y reducido a cosa, vuelve sordos y mudos a todos los que lo contemplan. El poder de la presencia que cada ser humano posee en vida sobre los otros queda borrada, y deja de conmovernos, en palabras de Weil, “ante ellos, los otros se mueven como si no estuvieran ahí¹⁹”.

La fuerza puede destruir al “yo” desde fuera y convertir al ser humano en un cuerpo, en carne y en la carne no hay nada que nos permita distinguir entre animales, nada hay en la carne humana que exija un trato distinto al que concedemos a la carne de un cerdo. Un cadáver, animal o humano, es una cosa sin vida. Lo trágico es que esta cosificación no ocurre solo cuando la fuerza se ejerce hasta el extremo, cuando hace del hombre un cadáver, sino que es la condición de aquellos a los que la fuerza no ha matado todavía pero puede matar a cada instante. Es este segundo tipo de fuerza la que somete al desdichado. La fuerza hace lo imposible realidad, puede aplastar al ser humano hasta convertirlo en cosa sin llegar a matarlo. “La contradicción se hace desgarro en el alma²⁰” del desdichado: vive, tiene un alma y es, sin embargo, una cosa. Posiblemente prefiriera estar muerto, que la fuerza lo hubiera golpeado de forma más grosera dándole muerte, pero la fuerza que somete al desdichado es de otra naturaleza, una fuerza más sinuosa, caprichosa, tortuosa; Esa fuerza es “una muerte que se estira a lo largo de toda la vida, una vida que la muerte ha congelado mucho tiempo antes de suprimirla²¹”. Todos los problemas del ser humano remiten siempre al tiempo y la característica central de la desdicha es que nos arrebatara el futuro, que cierra toda perspectiva de porvenir.

¹⁶ Chantal Maillard, 2004, p. 24.

¹⁷ *Iliada*, XI, 159-162

¹⁸ Virginia Woolf, 1999, p. 20.

¹⁹ Simone Weil, 2007, p. 290.

²⁰ Simone Weil, 2007, p. 290.

²¹ Simone Weil, 2007, p. 291

Podríamos pensar que este desdichado que deambula entre la vida y la muerte, a diferencia del cadáver, tiene el poder de conmovernos, que una vez nos hace conocedores de su situación pondremos el grito en el cielo y acudiremos a socorrerlo, pero lo trágico es que quien ha sido aplastado por la fuerza de la desdicha, “quien ha sido alcanzado por uno de esos golpes que hacen que una persona se retuerza por el suelo como un gusano medio aplastado, no tiene palabras para expresar lo que le ocurre²²”. A la desdicha siempre le acompaña un mutismo, un desorden que Weil denomina “casi biológico”. La desdicha parece matar esa parte del corazón encargada de emitir un grito impersonal de sorpresa cuando se recibe un golpe, de provocar ese estremecimiento o sobresalto que es manifestación de la vida; El corazón nunca muere del todo pero se mantiene “en un estado de gemido sordo e ininterrumpido²³”. La desdicha es, en palabras de Weil, en sí misma inarticulada. Es complicado saber si es la propia certeza de no ser oídos lo que les ahoga e impide el uso del lenguaje. En todo caso, al desdichado, al no poder provocar la compasión, el sufrimiento se le queda dentro y lo envenena.

A falta de palabras, sus actos tampoco parecen desear la compasión de los otros: Alguien que vive bajo el peligro de ser reducido a nada en un instante, imita a la nada, asume su condición de cosa. Junto con la voz pierde el ropaje de su carácter, es nadie. Para mostrar la asimilación de la condición de cosa que sufre el ser humano en la guerra, Weil recurre al momento en que Príamo, padre de Héctor, suplica a Aquiles: El anciano está a sus pies, abrazando sus rodillas y solo tiembla y obedece, no es más que pasividad, petrificación. Aquiles empuja al anciano, actúa como si éste no estuviera ahí, como si fuera un objeto inerte. La ligereza e indiferencia que siente un guerrero ante aquellos que puede matar, reducir a la nada en un instante, "se comunica a quienes son objeto de ella²⁴", éstos se sienten ya condenados, y mutilada toda aspiración a vivir, imitan a la nada, si se les empuja, caen y cuando caen al suelo permanecen en él. Cuando se destruye el “yo” desde fuera antes de destruir la vida, se actúa como un animal que estando medio muerto, en vez de resistirse, se rinde, desea dejar de sufrir y ser rematado.

El límite que separa la desdicha del sufrimiento no es objetivo, no lo determina el acontecimiento sino la forma en que éste se imprime en el alma de quien lo padece, y ello

²² Simone Weil, 1995, p. 63

²³ Simone Weil, 2000, p. 19

²⁴ Simone Weil, 2007, p. 299.

depende de toda clase de factores personales, podría decirse innatos, como el temple de carácter, pero también de factores más circunstanciales, de la energía vital de la que se disponga y de la actitud adoptada ante la desdicha, y, como veremos más adelante, de la orientación de la mirada y la atención. Desdichado es solo aquel que ha sentido “en el fondo de su alma, como un hierro al rojo, un desprecio, una desazón, una repulsión de sí mismo, una sensación de culpabilidad y de mancha²⁵”. La esencia de la desdicha es que vuelve al desdichado su cómplice, se apodera de su alma y hace que éste sienta desprecio, repulsión, odio hacia sí mismo. Creo que la experiencia de Weil trabajando en la fábrica da cuenta de ese fenómeno:

Cuando entré en la fábrica la desdicha de los otros penetró en mi carne y en mi alma. Nada me separaba de ella. Lo que he sufrido allí me ha marcado de una forma tan duradera, que aún hoy, cuando un ser humano, sea el que fuere y en cualquier circunstancia, me habla sin brutalidad, tengo la impresión, y no puedo remediarlo, de que hay un error y que, desgraciadamente, ese error no tardará en disiparse. Allí he sido marcada, y para siempre, con la impronta de la esclavitud. Desde entonces siempre me he sentido como una esclava²⁶.

Lo terrible de la desdicha es que hace creer al desdichado que ha nacido para ser esclavo²⁷ y soportar todo tipo de vejaciones. A diferencia de lo que ella podría esperar, su reacción a la violencia no fue la rebelión, sino la sumisión, la complicidad, la docilidad: “una docilidad de animal resignado. Me parecía haber nacido para esperar, para recibir, para ejecutar órdenes, como si en toda la vida no hubiera hecho otra cosa²⁸”. Esta conversión, esta deshumanización depende por completo de circunstancias externas pero vemos que su origen es social: El trabajo febril, y el hambre, la fatiga, el miedo y la coacción que acompañaron esa experiencia para Weil, fue el acontecimiento que la hicieron desdichada de por vida, allí dejó su alegría y su juventud.

Todo ser humano que es alcanzado por la desdicha vive el mismo proceso interior: se siente maldito, merecedor de su pesar, ¿cómo explicar sino tanta desdicha? El pensamiento no

²⁵ Simone Weil, 1995, p. 64

²⁶ Simone Weil, 1993, p. 40.

²⁷ Esclavos por definición son aquellos a los que no les es permitido expresar nada que no complazca a su amo, que posee un poder perpetuo de vida y muerte sobre ellos. A éstos les está prohibido derramar lágrimas, pero tampoco podrían hacerlo: “un destino tan brutal, borra las maldiciones, las rebeldías, las comparaciones, las reflexiones sobre el futuro y el pasado, casi el recuerdo”. El esclavo pierde toda su vida interior, nada de lo que puedan hacer, decir o incluso sentir procede de sí mismos. Éste está completamente definido por su relación con la desdicha, para sí mismo y para los demás.

²⁸ Simone Weil, 1993, p. 40.

puede aceptar que un destino así pueda ser sufrido sin merecerlo. Job no gritaría de forma tan desesperada su inocencia si siguiera creyendo en ella. Todo ser humano alcanzado por la desdicha acaba siendo cómplice de ésta, instalado en ella, sin esperanza ni casi deseos de salir de ella, y llega incluso a evitar y boicotear los medios de su liberación. Weil nos pregunta ¿tienen piedad de sí mismos quienes han caído tan abajo? Ahora sabemos que no, que “una desdicha demasiado grande coloca al ser humano por debajo de la piedad: asco, horror y desprecio²⁹”.

¿Quién podría librarlo entonces, sentir piedad por él? Sería deseable poder sentir compasión por los desdichados aunque éstos no puedan ni deseen siquiera expresar su desdicha, o precisamente a raíz de ello, pero lo cierto es que “la compasión para con los desdichados es una imposibilidad³⁰”. Nuestra sensibilidad asocia la desdicha con el desprecio, la repulsión y el odio, “todo el mundo desprecia en mayor o menor grado a los desdichados, aunque casi nadie tenga conciencia de ello³¹”, siempre se es bárbaro con los débiles, siempre se es cómplice de su desdicha. Su presencia produce escalofríos primero pero indiferencia al instante. Weil considera que el alma debe hacer un esfuerzo casi inhumano para superar esa ley de nuestra sensibilidad y no humillar o culpar a los desdichados de su propia desdicha ni ejercer contra ellos todo el poder del que se dispone³². Incluso ella reconoce haber sido, necesariamente, víctima y cómplice de esta ley de la sensibilidad: En una carta escrita al padre Perrin desde Nueva York le confiesa que todas aquellas personas a las que ha concedido el poder de causarle algún dolor se han complacido provocandose, pero no les culpa, pues “no se portaban así por maldad, sino como efecto de ese fenómeno tan conocido que empuja a las gallinas, cuando ven entre ellas a otra gallina herida, a lanzarse sobre ella a picotazos³³”, como efecto del fenómeno de la gravedad. También ella se vió tentada a herir a los otros: En todos está la tendencia de esparcir el mal, el dolor más allá de uno mismo, y desear ver sufrir a los otros lo que uno sufre. Weil reconoce “¡Yo aún la tengo! Las personas y las cosas no son para mí lo suficientemente sagradas³⁴” y cuando los intensos dolores de cabeza que padecía se le hacían insoportables, deseaba golpear a otros en el mismo lugar

²⁹ Simone Weil, 2007, p. 55.

³⁰ Simone Weil, 1995, p. 63.

³¹ Simone Weil, 1995, p. 64

³² Weil postula la doctrina de la fuerza de Tucídides; Cualquier ser ejerce siempre, por un requisito natural, todo el poder del que dispone

³³ Simone Pétrement, 1997, p. 650

³⁴ Simone Weil, 2007, p. 57.

donde ella sentía dolor y tenía que hacer grandes esfuerzos por no degradar a los otros con palabras hirientes.

¿Quién podría liberarlo entonces, sentir piedad por él? ¿Quizás Dios? Cuando uno es incapaz de comunicar su sufrimiento y sabe que los otros son incapaces de sentir piedad por él, la única manera que encuentra para que el sufrimiento no se le quede dentro es dirigirlo hacia sus semejantes, hacia otros desdichados. Podríamos pensar que haciendo daño al otro conseguimos deshacernos del sufrimiento pero éste es un pensamiento imaginario, Weil nos dice que este movimiento nos rebaja y degrada todavía más, “siempre que hay una transferencia del mal, no disminuye, aumenta en aquél de quien proviene³⁵”. Crear un vacío en el otro no colma el nuestro, castigar al otro no nos libera de nuestro castigo. El equilibrio no está en el plano terrenal, el ser humano solo puede escapar de las leyes de este mundo dirigiendo la mirada a algo que esté más allá del mundo. La salvación viene sólo de lo alto, el vacío solo puede ser colmado por Dios, por la gracia.

CREACIÓN DE DIOS Y *DESCREACIÓN* HUMANA

Aunque filósofos engañados griten: “Todo está bien³⁶”, sabemos que no es así. Si, como sostiene Weil, Dios es el Bien, Dios debe estar fuera del mundo. Si queda alguna duda, hagan caso a Voltaire y contemplen Palestina, “¡vengan y contemplen estas ruinas espantosas! Esos restos, esos despojos, esas cenizas desdichadas, esas mujeres, esos niños, uno sobre otro, apilados, debajo de esos mármoles rotos, esos miembros diseminados; cien mil desventurados que la tierra traga ensangrentados, desgarrados y todavía palpitantes, enterrados bajo sus techos, sin ayuda”. Estas vidas que la tierra grave traga se encontraron, en apariencia, con el silencio de Dios.

Para poder crear el mundo Dios tuvo que abdicar del poder que le es propio, tuvo que negarse y retirarse. El hombre no puede nada pero “Dios no puede más”. No es el Todopoderoso que nuestra idolatría se apresura a adorar en él. Él es, por el contrario, la absoluta renuncia al poder, es abdicación, consentimiento en no ser lo que podría ser³⁷. La creación es un acto

³⁵ Simone Weil, 2007, p. 114

³⁶ Referenciando el poema del desastre de Lisboa de Voltaire

³⁷ Maurice Blanchot, 2008, p. 147

amoroso de sacrificio necesario para que nosotros podamos existir. Somos solo porque Dios nos abandonó, “mi propia existencia es como un desgarramiento de Dios³⁸”. Dios dejó fuera de él un ámbito que antes estaba en él y lo confió a la necesidad mecánica. La necesidad que nos gobierna es la imagen de la indiferencia y la imparcialidad, es una necesidad ciega, fría, indiferente, que nos sacude y zarandea independientemente de nuestro grado de perfección espiritual, que recae tanto sobre inocentes como sobre verdugos, que es indiferente al Bien. Podemos maldecirla, condenarla, pero es gracias a ella que existimos. Un mundo en el que gobernara Dios, o sea, el Bien, no podría existir. Hay que elegir entre ser desdichados o no ser. Incluso agradecer y amar la necesidad, suceda lo que suceda, independientemente de lo que el azar traiga, de lo que tenga guardado para mí: Weil consagra, como dice Holderlin, su corazón a la tierra grave y doliente y promete amar la necesidad, su orden impersonal, con fidelidad. Acepta, ama y agradece cada una de sus miserias y desconuelos, agradece poder ser. De nada sirve alterarse, buscar remedio o alzar la vista y preguntar a Dios “¿Por qué? ¿Por qué me has abandonado?” pues no hay finalidad en el mundo, sólo necesidad, “la vibración del silencio de Dios³⁹”.

Dios se retira del mundo no sin dolor, se sacrifica, se vacía de su divinidad⁴⁰ por amor a nosotros. Somos esos restos que quedaron cuando Dios se retiró y Dios nos ama así, aun siendo criaturas, seres mediocres, restos que “carecen de la facultad de alimentarse de luz”. Es la necesidad y no la luz nuestra soberana absoluta: La necesidad “llena la infinitud del tiempo y del espacio y puede, en ciertas circunstancias, concentrarse sobre el átomo que es cada uno de nosotros y pulverizarlo por completo⁴¹”, ¿hay algo que podamos hacer para evitar esas circunstancias? Todos estamos clavados en el suelo, a la tierra grave, pero ¿hay algo que podamos hacer para evitar ser lanzados a los pies de la cruz? ¿Hay algo que pueda proporcionar el fracaso de la gravedad? No podemos evitar la desdicha pero sí sentirnos desdichados. Es inevitable que la gravedad sea prácticamente todopoderosa, nuestra soberana, que su fuerza caiga sobre nosotros, que se concentre por azar sobre uno de nosotros, pero sí está en nuestras manos impedir que la desdicha nos dañe y mate nuestras almas. Hay quienes “sea lo que fuere lo que tengan que sufrir, no son desdichados⁴²”, hay quienes orientan de manera adecuada su atención y evitan que su alma muera, “hay quienes

³⁸ Simone Weil, 1995, p. 30

³⁹ Simone Weil, 1995, p. 88

⁴⁰ Weil hace uso de estas palabras de San Pablo para expresar que la creación es un acto de generosidad y renuncia al mismo tiempo

⁴¹ Simone Weil, 1995, p.77

⁴² Simone Weil, 1995, p. 66

en medio del horror pueden mantener su voluntad de amar⁴³". Es el caso por ejemplo de Electra, que a pesar del hambre y las humillaciones, "aun obedeciendo a la fuerza, en el fondo del corazón no se somete⁴⁴" y sigue amando a su padre difunto y esperando a su hermano Orestes.

Si una desdicha nos daña es porque amamos demasiado al "yo⁴⁵", porque vivimos con la mirada puesta en nuestro ser y nuestro círculo más cercano, nuestros deseos, nuestras opiniones, bienes, propiedades y riquezas, nuestro poder y prestigio... Tomamos nuestra existencia como una ofrenda que nos ha sido concedida y nos pertenece. Creemos que el mundo, sin cada uno de nosotros y de nuestros seres amados, sería un lugar inhabitable, que nuestra presencia es lo máspreciado que tiene el mundo y que nuestro dolor supone la mayor de las injusticias, ¿Cómo osas, Dios, abandonarme, cómo no eres consciente de que soy necesario? Ignoramos que todo lo que en nosotros dice "yo", todos los pensamientos, sentimientos y actitudes hacia los otros y hacia sí mismo, son producto de las circunstancias exteriores y que "todo cuanto hay de valor en mí, procede, sin excepción, más allá de mí, y viene, como préstamo que debe ser renovado⁴⁶".

Si existimos es porque Dios así lo quiso, porque nos ama; Nuestra existencia es lo único que poseemos, nos ha sido dado sin merecerlo, y no sin dolor. Weil inventa un concepto filosófico para dar cuenta del proceso que puede restituir a Dios el amor que nos profesa, *Descreación*. Descrearse es hacer que lo creado pase a lo increado, a la nada desde dentro. El único acto libre que nos está permitido es destruir el "yo" desde dentro y entregárselo, imitar la renuncia de Dios, ser tan humildes como él y permitir que nos devore; Quien alcanza este conocimiento alcanza *el conocimiento sobrenatural*. Debemos rechazar la ofrenda de Dios, rechazar la autoridad de vivir sin él. Dios nos ha dado la existencia para mendigárnosla constantemente, para que nosotros, conscientes del desgarramiento que la creación supuso para él, se la devolvamos. Nuestra renuncia, nuestra *descreacion*, es nada⁴⁷ en comparación con la renuncia de Dios: Nosotros nos resistimos a dejar de ser algo, cuando Dios renunció a serlo todo, nos resistimos a renunciar a nuestra falsa divinidad, a nuestro señorío imaginario y reconocer la nada que realmente somos, mientras Dios se vació de su divinidad siéndolo todo.

⁴³ Simone Weil, 1995, p. 73

⁴⁴ Simone Weil, 2007, p. 280

⁴⁵ Para Weil el "yo" es una ficción, "resultado tan fugitivo y tan dependiente de las circunstancias exteriores como la forma de una ola en el mar" (Simone Weil, 1995, p. 80)

⁴⁶ Simone Weil, 2007, p. 79

⁴⁷ En realidad no renunciamos a nada pues el Bien superior encierra todos los bienes.

El amor debe ser correspondido, el vacío puede ser colmado. Una sola gota de agua es la proporción que Dios necesita de nosotros para colmar el vacío.

Si vaciamos el alma de sí misma, si destruimos el “yo” desde dentro y dejamos de ser, “es necesario un corazón completamente triturado⁴⁸”, permitimos que Dios entre en nosotros, que Dios sea en nosotros, más concretamente, le obligamos a ser en nosotros, pues su amor no puede no responder al nuestro⁴⁹. Solo destruyendo el “yo” desde dentro podemos evitar ser destruidos desde fuera. Si estamos preparados para recibir la desdicha, si estamos vacíos, ésta no matará nuestra alma. La renuncia es angustiada, agónica, noche oscura, y aunque una mirada atenta nos mostrará que es poco lo que poseemos y, al perder ese poco, inestimable lo que obtenemos, estamos tan arraigados al “yo” y todo lo creado que el proceso de *descreación* se siente como un desgarramiento. Debemos pasar por un proceso que equivale a perderlo todo, todo cuanto Job, Cristo, Electra, Antígona, Niobe, perdieron. Es necesario que así sea, que ningún pensamiento de futuro dulcifique nuestra renuncia: Aunque es seguro que Dios y la gracia se harán sensibles en el alma de todo aquel que deje un vacío en su interior, no se debe imitar y corresponder a Dios con vistas a las recompensas que ello traerá, “hay que renunciar a todo cuanto no sea la gracia y no desear la gracia⁵⁰”. No podemos hacer trampa, engañar a Dios, solo obtendrá recompensa divina quien obedezca a Dios sin esperanza, quien lo ame aun pensando que no existe⁵¹. Solo seremos salvados quienes sepamos que no merecemos serlo, que somos culpables, criminales, y todo sufrimiento padecido es justo, “remedio al mal que hemos hecho⁵²” y sentir gratitud. Como vemos, la desdicha solo aplasta a aquellos que no han sabido hacer uso de ella.

Weil dice que más allá de la angustia que ello conlleva, de la aversión al esfuerzo o nuestro apego a lo material, tendemos a “huir del vacío porque Dios podría meterse en él⁵³”. Colmar el vacío con la imaginación⁵⁴ y vivir en la ensoñación es agradable, la vida se nos hace soportable sólo por medio de la mentira, mentiras como que cuando obtengamos los bienes deseados seremos felices, o que está al alcance de nuestra mano dejar de sufrir; Si viéramos

⁴⁸ Simone Weil, 2003, p. 43

⁴⁹ En este sentido somos más poderosos que Dios, podemos odiarlo pero él a nosotros no

⁵⁰ Simone Weil, 2007, p. 63

⁵¹ Incluso aunque no tengamos la seguridad de que existe el Bien, saber que las cosas que existen en este mundo no son el Bien es suficiente para desvivirse por un hipotético Bien que exista fuera del mundo, en Dios

⁵² Simone Weil, 2007, p. 115

⁵³ Simone Weil, 1995, p. 100

⁵⁴ La imaginación nos ancla a la tierra tanto como la gravedad, “trabaja para taponar todas las fisuras por las que pasaría la gracia” (Simone Weil, 2003, p. 7)

la realidad al desnudo, nuestro corazón se pararía. En palabras de Fernando Pessoa, “la inconsciencia es el fundamento de la vida. El corazón, si pudiera pensar, se pararía”. Cuando Dios se nos mete dentro se ve la vida en toda su dureza y rugosidad, se accede a toda la sabiduría, se borra de nuestro pensamiento el paraíso imaginario y se contempla el infierno real; Es por eso que, a diferencia de lo que se cree, es el alma la que busca el olvido de Dios y evita esa quemadura a través del pecado. El contacto con Dios no da ningún poder, nos quita lo poco que poseemos, es un “disolvente”. Weil sabe que la muerte del “yo” es una muerte mucho más profunda que la muerte carnal, que la iluminación, el cara a cara con Dios, puede hacer que su corazón se pare, puede resultar mortal, pero ella siempre prefirió morir a vivir en la mentira y esperar.

Como vemos, el sentimiento de la desdicha es resultado de una mala orientación de la mirada, de tener puesta la atención en el “yo”, en el amor propio o en el placer y no en algo puro, en lo alto, es resultado de tener puesta la atención en aquello que tenemos delante y no en el creador que está tras todo ello. Sólo a través de una atención y un deseo bien dirigido podemos disminuir el mal que habita en nosotros, liberarnos de él. Cuando vivimos desorientados, con la mirada y la atención alejada de Dios, transformamos el sufrimiento que el azar nos envía en forma de enfermedad por ejemplo, en pecado, en violencia. Solo Dios y los seres humanos en los que Dios habita son capaces, a través de la atención plena, de transformar la mancha, el mal, la violencia, el pecado en simple sufrimiento; “en el alma que se ha producido tal contacto con la pureza, todo el horror del mal que ese alma lleva en sí se transforma en amor por la pureza divina⁵⁵”. Solo a través de la atención y el contacto con lo puro puede el mal quedar iluminado por la alegría y reducido a simple sufrimiento, culminado, purificado. No dejaré de sufrir, quizá no salga de mi miseria, pero al adherirme a ella a través de la atención se transformará. Quizá la gracia no impida la herida pero sí puede impedir que esa herida me corrompa.

La atención es la cualidad que Weil privilegia, por ser la única facultad creadora del ser humano; “consiste en suspender el pensamiento, en dejarlo vacío y penetrable al objeto⁵⁶” y disponible para acoger la Verdad y el Bien; Supone el mayor de los esfuerzos pero es un esfuerzo negativo, no supone fatiga. La elección de hacia dónde orientar la mirada, de si otorgar el amor al mundo o a Dios a través de la atención, es el único “acto” libre que puede

⁵⁵ Simone Weil, 1995, p. 17

⁵⁶ Simone Weil, 1993, p. 71

realizar el ser humano y el único eficaz, pues “la mirada es lo único eficaz⁵⁷”. La atención no está relacionada con la voluntad sino con el deseo y el consentimiento: Dios solo nos pide que no desviemos la mirada de él ni un instante, que no nos distraigamos, que nos coloquemos a la luz y esperemos espiritualmente inmóviles, pacientes, hasta escuchar sus órdenes; En palabras de Platón, que nos apartemos de todo lo transitorio con toda nuestra alma. No es necesario buscarle de forma activa, ejercer ninguna fuerza, ni creer en su existencia, es suficiente con desearla, con que el ser humano “se niegue a dar su amor a este mundo y que se mantenga inmovil, sin buscar, sin pestañear, a la espera, sin tratar siquiera de saber qué es lo que se espera⁵⁸”; Si el deseo y la espera es verdaderamente muda, paciente, esclava, humilde, dará frutos. El deseo en Weil también es central: Basta con desear el Bien para acercarse a él. *El conocimiento sobrenatural* se alcanza a fuerza de desearlo, “con un deseo más fuerte que el hambre, la sed, la pasión carnal o la necesidad de un respiro en medio de una tortura física⁵⁹”. El deseo desesperado, la súplica, es necesaria y suficiente para recibir el Bien, es lo único por lo que hay que preocuparse, por tener la atención y el deseo bien dirigidos.

El modelo perfecto es el de la materia, el del barro, por su espera y su bella docilidad, el de los lirios que no labran ni hilan ni se proponen adquirir una u otra forma, uno u otro color, o los pliegues de las olas del mar y su obediente fluir. Nuestra inmovilidad es mucho más costosa que la del barro o los lirios: Ellos obedecen sin remedio y sin saberlo, pero la parte de nuestra alma que reclama a Dios es infinitamente pequeña comparado con la parte mediocre y el esfuerzo que debemos hacer para no pestañear, para no desviar la mirada es sobrenatural. Nuestra alma está cortada en dos: Hay una parte increada, espiritual, que está situada en el otro mundo y que aspira al Bien superior; pero la otra parte del alma, la carnal, es casi total. La parte espiritual del alma debe servirse del cuerpo, prepararla para que no escuche a los animales inestables y caprichosos que habitan en la parte carnal y que “con diversos acentos de tristeza, exultación, triunfo, miedo, angustia, dolor y cualquier otro matiz de emoción, grita sin descanso “yo”, “yo” “yo”, “yo”, “yo”.”⁶⁰ Esos gritos impiden que Dios me escuche, es necesario acallarlos para que el cuerpo pueda colocarse a la luz, “trabajar nuestra alma como se trabaja la tierra para que reciba el grano⁶¹”. Todo este esfuerzo y trabajo de atención

⁵⁷ Simone Weil, 1995, p. 33

⁵⁸ Simone Weil, 1995, p. 34

⁵⁹ Simone Weil, 2003, p. 75

⁶⁰ Simone Weil, 2003, p. 161

⁶¹ Simone Weil, 2003, p. 190

y deseo por parte de la criatura es necesaria aunque esté ya colocado a la luz pues “Dios solo tiene el poder de preservar del mal la parte eterna de un alma que ha entrado en contacto real y directo con él⁶²”, el resto del alma debe preservarla la criatura.

Es menester subrayar que colocarse a la luz y recibir el grano no hará que dejemos de estar sujetos a las leyes de la naturaleza: aunque una planta se coloque a la luz, el viento y la lluvia seguirán poniendo en riesgo su vida. Así nos lo dice en otro pasaje del libro *El conocimiento sobrenatural*: Somos como un naufragio que está siendo zarandeado por el mar, si éste mantiene su atención puesta en Dios, es posible que le responda lanzándole una cuerda desde lo alto del cielo, el náufrago puede decidir si agarrarla o no pero el movimiento del mar seguirá su curso natural y su fuerza lo seguirá sometiendo. La cuerda, la intervención divina, se añade al mecanismo de la materia y hará que la relación entre el náufrago y el mar cambie, que se transforme, y permitirá que su acción sea distinta pero seguirá sufriendo el oleaje. Lo sobrenatural no sustituye a lo natural, los dos coexisten en ese instante.

Para que Dios nos ame y nos lance una cuerda, debemos contemplarle con amor y actuar como esclavos. Según nuestro deseo y atención, desarrollaremos una u otra acción, “naturalmente, en circunstancias normales, un hombre no realiza las mismas acciones según dé o no su consentimiento a la obediencia, lo mismo que una planta, no crece de la misma forma si está a la luz o la oscuridad. Somos como plantas cuya única elección consiste en colocarse o no a la luz⁶³”. Pero los resultados de una atención paciente y amorosa, no nos corresponden, pues no disponemos de voluntad. Si por ejemplo vivimos con la mirada orientada hacia Dios y cambiamos por un instante nuestra relación con las leyes de la necesidad, vivimos “por la breve duración de un destello, de un relámpago, instantes de tregua, de contemplación, de intuición pura, de vacío mental, de aceptación del vacío moral⁶⁴” y realizamos una acción justa, en realidad no estamos actuando, sólo estamos obedeciendo, dejando que Dios actúe a través de nosotros.

Simon Weil elabora desde muy joven, desde que era una estudiante de *khagne* en el Henri IV y preparaba su ingreso en la Escuela Normal Superior, un concepto muy específico de acción pura y virtuosa. Durante el curso 1925-1926 realiza unas composiciones sobre tema libre que

⁶² Simone Weil, 2000, p. 37

⁶³ Simone Weil, 1995, p. 69.

⁶⁴ Simone Weil, 2007, p. 61

entrega al profesor Alain y su compañera Simone Petrement considera que uno de ellos, titulado *Lo bello y el bien*, “anuncia ya toda la vida de Simone⁶⁵”. El texto nos presenta a Alejandro Magno atravesando el desierto de África en busca de un templo dedicado a Zeus, en la travesía sufre el mismo calor y la misma sed que sus soldados. Uno de los soldados trae agua en un casco desde muy lejos y Alejandro realiza un acto que le sorprende a sí mismo: vierte el agua en la arena para no verse favorecido. Un acto justo es siempre imprevisible, un acto aparentemente inútil, que se realiza casi a pesar de uno mismo, que perjudica en lo inmediato a uno; las acciones virtuosas se hacen por necesidad, no pueden dejar de hacerse, se sienten como el resultado de un empujón exterior. Cuando un ser humano actúa de forma justa como Alejandro, en realidad no está actuando, sólo está obedeciendo las órdenes de Dios, realizando una “acción inoperante, no actuante” que escapa a su voluntad.

Para recibir órdenes de Dios hay que merecerlo, es necesario haber orientado la atención plenamente a Dios previamente, es necesario estar vacío, haberse vaciado para dejar espacio a Dios. Una vez hemos acallado todos nuestros deseos y opiniones y hemos escuchado la voluntad divina, sabemos lo que debemos hacer y es menester ir hasta el extremo, estar dispuesto a lo máximo, rogar por ser empujado sin saber a dónde nos llevará. En quien calla para poder oír a Dios y espera, “aparece una necesidad a la que no se puede dejar de obedecer”. Quien siente y sabe cómo debe actuar no puede actuar de otra manera, no le queda otro remedio que ser justo. Weil va un paso más allá y nos dice que el justo es aquel que solo actúa cuando siente el empujón exterior, cuando sabe honestamente que está obligado a hacerlo y se mantiene a la espera el resto del tiempo. El ser humano no es libre⁶⁶, no lo será nunca en este mundo, pero puede elegir entre obedecer a “las leyes mecánicas tan ciegas y precisas como la ley de la caída de los cuerpos⁶⁷” o consentir y obedecer con amor a Dios, que, sin violar las leyes de la naturaleza, nos conecta con lo sobrenatural. El ser humano justo no hace nada, solo obedece⁶⁸, sólo consiente ser esclavo, solo espera y llama, solo calla para poder oír, sólo orienta la mirada, la atención y el amor hacia algo que no es él mismo, hacia Dios.

⁶⁵ Simone Pétrement, 1997, p. 68

⁶⁶ Para Weil la verdadera libertad solo puede ser la gracia, no hay margen de indeterminación en la naturaleza. Maurice Blanchot dice que “nadie ha dejado de lado más vivamente todas las formas de poder, incluso espiritual. El hombre no puede nada” (la conversación infinita, p 146)

⁶⁷ Simone Weil, 1995, p. 68.

⁶⁸ Vemos que no podemos escapar de la obediencia, y que tanto en último término, siempre estamos obedeciendo a Dios. Obedecemos a la necesidad a la que decidió someternos para que pudiéramos existir u orientamos nuestra mirada más allá de esa necesidad y le obedecemos directamente.

EL AMOR AL PRÓJIMO Y TEXTOS SAGRADOS

Hemos visto que la *descreación* es la única elección que puede tomar el ser humano de forma libre y que es la única que puede impedir que una desdicha exterior nos dañe. Es cierto que en casos en los que la desdicha es completa, “en los que ni siquiera la gracia de Dios cura la naturaleza irremediabilmente herida⁶⁹”, hay heridas que impiden que el alma pueda seguir amando, hay almas que nunca despiertan de la noche oscura ni vuelven a ver la luz; No todas las almas están preparadas para soportar la desdicha, pero nunca podemos estar seguros de si un alma está muerta o solo malherida, inanimada, y es necesario confiar (desear) en que podrá finalmente ser salvada.

Hasta ahora solo hemos hablado de lo que el ser humano puede hacer para salvarse a sí mismo, pero es necesario añadir que para aquellos que, sumidos en la desdicha son incapaces de imitar la renuncia de Dios y orientar su atención a lo alto, todavía hay una última posibilidad: El contacto con lo puro que se encuentra en este mundo. Dios se hace presente en esta vida, de forma velada, en “los objetos y textos sagrados, la belleza de la naturaleza, los seres humanos en los que Dios habita y las obras de arte surgidas de inspiración divina⁷⁰”. No siempre es necesario mirar a lo alto, la salvación puede provenir de este mundo, de formas de amor implícito a Dios.

En esta última parte del trabajo vamos a centrarnos en el amor que profesan los seres humanos y los textos en los que Dios habita. Comenzaremos hablando de los seres humanos pues la plenitud de su amor puede clausurar la desdicha. Cuando hemos hablado de los otros ha sido para subrayar su naturaleza corrupta, su tendencia a lanzarse a picotazos sobre aquellos que están debilitados o heridos, a ejercer sobre ellos todo el poder del que disponen, pero en la segunda parte del trabajo también hemos visto que hay un punto del alma infinitamente pequeña que reclama a Dios y que se dan instantes de tregua que desafían la naturaleza y producen milagros en la tierra, acciones justas; hay seres humanos en los que Dios habita y que son capaces de amar. El amor en el ser humano es posible por muy poco, somos los seres que más lejos vivimos de Dios, justo en el límite en el que todavía no es del todo imposible amar, pero una vez se llega a ese límite y un ser humano se vacía, la compasión se vuelve natural. Simone Weil se refiere a aquellos que hacen uso de este

⁶⁹ Simone Weil, 1995, p. 64

⁷⁰ Simone Weil, 1995, p. 17

privilegio como Benefactores de Cristo, y Cristo se refirió a ellos como “justos”. Éstos, “en presencia de un desdichado, no sienten ninguna distancia entre la persona que tienen delante y ellos mismos, proyectan hacia él todo su ser⁷¹”, se dan de la misma forma que comen cuando tienen hambre, por instinto.

La reacción inmediata cuando estamos en presencia del rostro terrible de la desdicha es la distancia, la huida, muy pocos son capaces de mirarlo de frente y abrazarlo. Tanto la huida como el desprecio y los malos tratos mantienen a la fuerza en el anonimato a quien está sumido en la desdicha y pueden llegar a provocarle la muerte, pues cuando un alma está malherida, “el más pequeño matiz de menosprecio provoca la muerte⁷²”. La *descreacion* que lleva al ser humano a corresponder al amor infinito de Dios y purificar el mal es un don que todo ser humano posee pero cuando destruimos desde el exterior a otro ser humano y lo reducimos a nada, cuando le infringimos el mal bajo forma de herida, creyendo estar así liberándonos del pecado que llevamos dentro, le arrebatamos la posibilidad de que sea él mismo quien se convierta en nada, quien disuelva su ser desde dentro, alcance a Dios y purifique su mal. La violencia impide que “se haga lo bastante perfecto como para aceptar él mismo la aniquilación de su persona⁷³”, impide que lleve a cabo el proceso de *descreacion*. En cambio los benefactores de Cristo, al contemplar la desdicha ajena, lo no contemplable, al proyectar su propio ser hacia éstos, les dan por un momento la existencia que la desdicha les ha arrebatado y les permiten consentir, desde sí mismos y no desde el exterior, caer de nuevo en el no ser. Un gesto verdaderamente compasivo, una mirada cómplice, compartir la comida, la ropa o el dinero que uno tiene, hace nacer una existencia independiente a la desdicha en aquellos que en el instante anterior estaban completamente definidos por su relación con la desdicha.

Ser compasivo es servir a otros en sus necesidades carnales, en sus necesidades de criaturas⁷⁴, necesidad de alimento, de calor, de sueño, de higiene, de reposo, de ejercicio, de aire puro. Weil dice que el gesto de dar pan en silencio redime y lleva a la vida eterna más que cualquier sermón. Ese dar el trozo de pan es nuestra única superioridad respecto de Dios, por estar aquí, en el mundo, frente a la criatura que yace hambrienta en nuestro camino. El desdichado es

⁷¹ Simone Weil, 1995, p. 81.

⁷² Monica Mesa Fernnandez, 2023, p. 70.

⁷³ Simone Pétrement, 1997, p. 677.

⁷⁴ Es a través del alimento que el alma vuelve a la vida, las necesidades carnales son legítimas y deben ser colmadas.

como la planta que necesita luz (la gracia) pero también agua (energía terrestre), nosotros somos los únicos que podemos regarla, o en el caso del desdichado, bautizarlo. Estos gestos devuelven a la vida porque no se realizan “por piedad, por simpatía, por capricho, a título de favor o privilegio, ni tampoco por un efecto natural del temperamento⁷⁵”, sino por deber, por el deseo de hacer lo que exige la justicia, por el buen trato que cualquier presencia humana exige. Al cederle el ser al desdichado, el benefactor asume por un instante su desdicha y libera al otro de su peso. Este contacto y transferencia es peligrosa, ya hemos visto cuánto sufrió Simone por colocarse deliberadamente en el lugar del desdichado, que es por definición algo que se padece siempre a pesar de uno mismo, por accidente u obligación.

Es preciso correr el riesgo y amar, porque si un alma no está muerta del todo, “el amor puede reanimarlo⁷⁶”. Electra revive cuando Orestes presta atención a su sufrimiento, se interesa por ella y la trata como a un ser humano antes aún de haberlo reconocido. Amar es creer en la existencia de otros seres humanos como humanos y no como cosas, el amor insufla realidad y reanima al ser que está suspendido entre la vida y la muerte, lo arrastra hacia el lado de la luz, lo inyecta de vida. Entender que el otro existe tanto como yo y tratarlo en consecuencia, como a un igual, o incluso, como a uno mismo, no significa no provocarle nunca sufrimiento, pues muchas veces la forma en que me trato a mí misma me causa sufrimiento; Tratar al prójimo como a uno mismo quiere decir únicamente admitir su existencia como persona, una persona a la que Dios ha consentido ser, y ama infinitamente. Weil considera que “en cada hombre hay algo sagrado⁷⁷”, que cada hombre por entero es sagrado por la exigencia de bien absoluto que habita en la parte increada de su alma. Ya hemos hablado del desgarramiento de Dios, de cuánto tiene que sufrir para que cualquier criatura pueda ser, y el amor infinito que ello demuestra por cada ser finito, ¿por qué debiéramos nosotros contradecir a Dios y destruir una vida?

Simone trataba de amar como Dios, incondicionalmente a cualquier ser humano, en tanto criatura y en tanto hijo de Dios; Intentaba que su amor estuviera disponible para todo el que mereciera ser amado, sin esperar recompensa alguna. Este amor al prójimo, la amabilidad en el rostro de su comportamiento, es la prueba de que poseía virtudes sobrenaturales, de que en su alma había tierra húmeda y las semillas divinas dieron frutos maravillosos. Tenía presente

⁷⁵ Simone Weil, 2007, p. 109

⁷⁶ Monica Mesa Fernnandez, 2023, p.70

⁷⁷ Simone Weil, 2000, p. 17

que en cuanto criaturas somos un amasijo de bien y mal en el que ganaba siempre, y por mucho, el mal, y perdonaba siempre a las criaturas ingratas. Quien está instalado en la desdicha puede llegar a rebelarse contra aquel que trata de ayudarlo, pero Simone supo comprender esa ingratitud, nunca la achacó a personas determinadas y la identificó como una de las marcas naturales de la desdicha. La gratitud es tan milagrosa como la compasión. Podemos imaginar que en esos momentos venían a su mente las palabras de la Electra de Sófocles, “En estas condiciones no puedo ser razonable, ni buena. A quien se le ha hecho tanto mal no se le puede impedir ser malvado⁷⁸”. Hemos visto que uno de los rasgos centrales de la desdicha es que vuelve mudos a aquellos a los que toca y que a falta de voz, tampoco sus actos parecen desear un destino distinto al impuesto, pero “cada ser grita en silencio pidiendo ser leído de otro modo⁷⁹” y Weil supo escuchar ese silencio, hacer una lectura atenta y amorosa de todos ellos, de sus motivos y decisiones.

Esta lectura atenta y amorosa es una operación sobrenatural, Cristo se introduce en el alma del desdichado a través del vacío que deja Simone en su interior. Simone, como ser vacío en el que Dios habita, es solo el puente, un *metaxu*, que une soledades, dos realidades muy distantes, lo más alto del cielo y lo más bajo del abismo, Dios y su criatura sufriente. Ser un *metaxu* es colmar el abismo, ser un intermediario entre lo absolutamente bello y lo degradado, como Diotimia en *El banquete* de Platón. Cuando mi mirada y acto amorosos reaniman a un desdichado es en realidad el amor puro de Dios que actúa a través de mí el que lo reanima, pues ya hemos visto que todo lo valioso que hay en mí procede sin excepción de arriba. Este amor al prójimo tiene como sustancia la atención, una atención que es creadora, que “consiste en prestar atención a algo que no existe⁸⁰”, a esa humanidad ausente en “un trozo de carne desnuda, inerte y sangrante tirado en una cuneta, sin nombre, del que nadie sabe nada⁸¹”. Esta atención es ante todo un milagro, un acto redentor que no aumenta el poder de quien lo ejecuta, que imita la renuncia de Dios, la renuncia a ejercer el poder del que se dispone.

Ese contacto que se da entre Dios y el desdichado a través de mí no solo lo ayuda a él, también me transforma y me ayuda. Pues es el lugar en el que *la descreacion* puede ejercerse: Vaciar de uno mismo puede parecer un complicado ejercicio mental de introspección, que

⁷⁸ Simone Weil, 2007, p. 282

⁷⁹ Simone Weil, 2007, p. 186

⁸⁰ Simone Weil, 1993, p. 92

⁸¹ Simone Weil, 1993, p. 92

debo realizar alejado del mundo, sentada en el escritorio de mi habitación, con luz tenue una vez cae el día, pero lo cierto es que no hay mejor manera de vaciarse que llenarse de los otros, de sus sentimientos y necesidades, de sus temores y aversiones; Entrar en los otros, entregarles nuestro ser, nos ayuda a poner en práctica la atención fuera de nosotros. “¿Si no amas a tu hermano, al que ves, cómo vas a amar a Dios, al que no ves?⁸²” Weil parece sugerirnos que el otro es nuestra única esperanza, pues a través de él también se puede acceder a Dios. El otro es “otra perspectiva desde la que contemplar todas las cosas⁸³”, una pantalla desde la que Dios puede acceder a la creación pero también una ventana abierta para mí al saber. La ventana es aún más significativa si es el desdichado el que mira a través de ella, pues asomarme a ella me concede el conocimiento de la miseria humana, y este conocimiento es “la puerta de toda sabiduría⁸⁴”.

Si nos atrevemos a asomarnos y mirar amorosamente, el prójimo que el azar ha puesto en nuestro camino y camina del lado de la muerte más que de la vida, se convierte en un *espejo* que nos devuelve la imagen de nuestra propia miseria. Nos muestra que en tanto criaturas finitas siempre estamos expuestos al frío, al hambre y a la azarosa desdicha; El desdichado nos brinda la oportunidad de “concebirse e imaginarse a uno mismo en cualesquiera circunstancias sociales y materiales, y en consecuencia el desposeimiento de las circunstancias en que uno se encuentra⁸⁵”. Si no veo en el desdichado a mi yo del pasado es porque es la imagen de mi yo del futuro, pues la desdicha es absolutamente imposible de evitar. El otro me ayuda a prepararme, a encontrar la manera de salir de esa lucha entre la vida y la muerte con la menor cantidad de heridas posibles.

Hemos mencionado, al comienzo de este último apartado, los textos sagrados y las obras de arte surgidas de inspiración divina como signos de la pureza en este mundo. Estos textos, al igual que el contacto con los desdichados, pueden convertirse en *espejos* que nos hagan tomar conciencia de nuestra condición de criaturas siempre expuestas a la desdicha y nos permitan tener una mirada compasiva hacia aquellos que estén bajo su poder. *La Ilíada* es uno de los libros sagrados que enseñaron a Weil a aceptar la desdicha del otro con “la misma irreductible amargura⁸⁶” con la que aceptó la suya. El arte es quizá la vía más sencilla de cultivar nuestra

⁸² Monica Mesa Fernnandez, 2023, p. 93

⁸³ Monica Mesa Fernnandez, 2023, p. 43

⁸⁴ Simone Weil, 2007, p. 84

⁸⁵ Monica Mesa Fernnandez, 2023, p. 63

⁸⁶ Monica Mesa Fernnandez, 2023, p. 6

alma, pues ofrece distancia: una persona que va al teatro o lee un libro puede trasladarse a los personajes y sentir compasión por la desdicha representada sin temor a ser contaminado por ella; El espectáculo de la desdicha desnuda causa retracción pero el arte la reviste y la hace aparentemente más tolerable. Al no huir, la contemplación, la lectura y la oración pueden ser lugares de atención y puentes que nos conectan con lo alto, con el Bien incondicional. “¡Cuántas maneras tiene Dios de darse!⁸⁷”. No debemos olvidar que, aunque Weil nunca hizo uso de su experiencia extática como autoridad o prueba, Cristo descendió y se le presentó mientras recitaba un poema inglés del siglo XVII titulado *Amor*. El desdichado, aun si no tropezara con nadie que lo mirara amorosamente, podría todavía tropezar con textos sagrados y leerlos con toda la atención de la que es capaz.

La *Ilíada* es “un caso particular del milagro de la atención concedida a la desdicha⁸⁸”. Cuando Homero la escribió su alma debía estar vacía, y la palabra de Dios presente. Homero a través de estos bellos poemas consigue una expresión no solo desnuda y justa sino tierna de la miseria humana, llegando a “considerar como semejantes y amar como a sí mismo a quienes el azar ha separado de él mediante un abismo⁸⁹”. En *La Ilíada* todo lo que se destruye es lamentado, los vencedores y vencidos están igualmente próximos, el poeta los convierte en sus semejantes. La amargura del poeta procede de la ternura divina y se extiende a todos los seres humanos, “la desdicha de los enemigos se siente quizá con mayor dolor⁹⁰” incluso. Solo es posible amar de esta forma desde un lugar situado fuera de este mundo; En sus poemas hay una admirable equidad, el poeta se borra, se retira, “apenas se advierte que es griego y no troyano⁹¹”.

Homero es admirablemente equitativo y justo porque ha entendido que la fuerza que nos hace sumirnos en la desdicha también lo es, que ningún mortal es capaz de sustraerse a ella. Nadie posee verdaderamente la fuerza, el destino es ciego y la desdicha azarosa y se concentrará sobre todos tarde o temprano, de ahí la amargura con que narra cada pérdida: “Su alma fuera de sus miembros voló, fue al Hades, llorando su destino, dejando su virilidad y su juventud⁹²”. El alma no está hecha para habitar una cosa, por eso lo abandona, el héroe Hércules no es más que una cosa inerte zarandeada por la fuerza. Incluso los héroes que más

⁸⁷ Simone Weil, 2003, p. 38

⁸⁸ Simone Weil, 2003, p. 248

⁸⁹ Simone Weil, 2007, p. 308.

⁹⁰ Simone Weil, 2007, p. 305.

⁹¹ Simone Weil, 2007, p. 307.

⁹² Simone Weil, 2007, p.288.

armas y libertad poseen son cosificados por la fuerza y sumidos en la desdicha. El poema comienza con un Aquiles humillado por la fuerza de Agamenón, llorando de dolor impotente. Unos días más tarde es Agamenón el que llora y suplica. Todos los héroes tiemblan, sienten vergüenza o miedo. “Al propio Héctor, el corazón le saltó del pecho” por miedo a Ajax pero dos días después es éste el que sentía terror, “tiembla como un animal”. Coloca en el centro de la existencia y de su obra la fragilidad del ser humano, sus pasiones más violentas y sus sentimientos más tiernos, sin mácula del desprecio que hemos dicho es propio de la desdicha. Nada en ellos es artificioso, su desesperación nos resulta de lo más ordinario, la tragedia no corresponde a lo colosal. El sentimiento de la miseria humana no nos es ajeno, nuestras carnes, nervios y músculos se retraen igualmente ante la fuerza, todos pertenecemos a la misma especie y no hay coraza que nos proteja de la desdicha, aunque cada alma la lleve de forma distinta, la subordinación es la misma en todos. Leer con atención *La Iliada* puede preparar nuestras almas para no perder la ternura cuando nos llegue el momento.

Es “la manera en la que se habla de las cosas terrenales, como mejor se puede discernir si un alma ha pasado por el fuego del amor de Dios⁹³” o si está instalado en la tierra y tanto Weil como Homero cuando escriben sienten quemárseles el corazón. El corazón no se hiela, al contrario, es capaz de sentir el horror de la desdicha humana sin perder la calma y la ternura. No aman la fuerza, sino todo lo que escapa de su imperio, y la aman dorsalmente, con amargura, por su debilidad. Si *La Iliada* es un texto sagrado es porque leerla con atención nos irradia y nos permite echar raíces en el amor, incorporar su mirada amorosa; Pero lo más importante, ofrece palabras con las que nombrar la desdicha, pues “expresa de forma perfecta pensamientos que la mente humana no puede concebir más que bajo la tortura de un dolor intolerable⁹⁴”. Podríamos pensar que textos tan antiguos no pueden prestarnos su voz hoy pero *La Iliada* es un espejo en el que podemos reconocernos todavía, pues la fuerza, héroe del poema, está en el centro de la historia humana. Ya hemos dicho que la desdicha es en sí misma muda, inarticulada, “los desdichados suplican silenciosamente que se les proporcione palabras para expresarse⁹⁵” y Weil tiene claro que aquellos que desean “hacer perceptible el grito lanzado siempre en silencio, solo pueden confiar en genios de primer orden, el poeta de *La Iliada*, Esquilo o Sófocles⁹⁶”. Una lectura atenta de *La Iliada* puede hacer que el desdichado deje de ser un suplicante mudo.

⁹³ Simone Weil, 2003, p. 84

⁹⁴ Simone Weil, 2003, p. 248

⁹⁵ Simone Weil, 2000, p. 29

⁹⁶ Simone Weil, 2000, p. 31

“La belleza es una trampa de Dios⁹⁷”, una trampa que nos obliga a detenernos y atender. La belleza de estos poemas nos enseñan a ser justos pues están pintados bajo la luz de la justicia, nos enseñan que la locura de amor y la compasión son poderosas, que todos la necesitaremos en uno u otro momento y que como dijo Esquilo respecto de Prometeo “está bien amar hasta el punto de parecer loco”, amar con ternura la fragilidad del alma humana y desconfiar de la fuerza, despreciarla.

CONCLUSIONES

Hemos comenzado el trabajo diciendo que la desdicha detiene el tiempo, que es siempre indefinida, perpetua, infinita, y que arranca y desarraiga a quien la sufre de la vida, convirtiéndolo en cosa. También hemos subrayado dos de sus rasgos más amargos: que impide a quien está sumido en la desdicha comunicar su situación y al que la observa compadecerse de ella. La desdicha les inspira a ambos asco, horror y desprecio. Hemos visto que es Dios, el Bien, el único que no huye del espectáculo de la desdicha y que se hace presente en el alma de quienes la sufren de forma directa o indirecta. Dios puede introducirse en el alma de aquellos que le dejen un espacio y vivan con la atención puesta en él o puede llegar a ellos de forma indirecta, a través de los seres humanos puros y justos y de los textos sagrados. Espero haber logrado el objetivo propuesto, haberme vaciado y llenado del pensamiento de Simone Weil, haberla captado sin prejuicios, respetando sus contradicciones, sus fuentes griegas y cristianas, sin añadir ni prescindir de ninguna de sus Verdades, por incómodas que puedan ser.

Queda pendiente una lectura más atenta de *La Iliada* desde sus Verdades, así como un acercamiento a las tragedias de Esquilo y Sófocles, que la filósofa considera los verdaderos continuadores de la Epopeya, en especial *Electra* y *Antígona*. También un acercamiento al *Evangelio*, que Weil considera la última expresión del genio griego. Creo que los conceptos expuestos en el apartado “Creación del mundo y *descreación* humana”: Atención, deseo, acción justa, merecen ser trabajados de forma más detallada en un ensayo aparte. Son categorías claves para comprender el pensamiento de Weil en su totalidad y he sentido necesario incluirlas en este trabajo para explicar la relación entre el mundo y Dios, la criatura y el Bien, pero requieren más espacio y tiempo. Por último me gustaría indagar más en todas

⁹⁷ Simone Weil, 2003, p. 266

las experiencias (fábrica, campo, guerra civil española) que fueron cultivo de su pensamiento. Aunque ella sienta que la Verdad es impersonal, su verdad estuvo manchada con el alquitrán de la experiencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Blanchot, M. (2008) La afirmación (el deseo, la desgracia). *La conversación infinita*. Arena libros. Madrid.

Maillard, C. (2004) *Matar a Platón*. Tusquets editores.

Mesa Fernandez, M. (2023) *El amor. Simone Weil*. Hermida Editores. Madrid.

Pétrément, S. (1997) *Vida de Simone Weil*. Editorial Trotta. Madrid.

Weil, S. (2003) *El conocimiento sobrenatural*. Editorial Trotta. Madrid.

Weil, S. (1995) *Pensamientos desordenados*. Editorial Trotta. Madrid.

Weil, S. (2000) *Escritos de Londres y últimas cartas*. Editorial Trotta. Madrid.

Weil, S. (1993) *A la espera de Dios*. Editorial Trotta. Madrid.

Weil, S. (2007) *La gravedad y la gracia*. Editorial Trotta. Madrid.

Weil, S. (2007) *Escritos históricos y políticos*. Editorial Trotta. Madrid.

Woolf, V. (1999). *Tres guineas*. Editorial Lumen.